JIMENEZ DE CISNEROS.

CUADRO DRAMATICO HISTORICO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

de

D. ANGEL GAMAYO.

Estrenado en el Teatro del Récreo, en Madrid, con buen éxito.



MADRID:
IMPRENTA.—JARDINES, 24,
donde se hace toda clase de impresiones.

1872.



JIMENEZ DE CISNEROS.

CUADRO DRAMATICO HISTORICO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

de

D. ANGEL GAMAYO.

Estrenado en el Teatro del Recreo, en Madrid, con buen éxito.



MADRID:
IMPRENTA.—JARDINES, 24,
donde se hace toda clase de impresiones.

1872.

PERSONAJES.		ACTORES.
El Cardenal Jimenez de Cisneros...	Sr.	Lopez.
Doña Juana.......................	Sra.	Liron.
El Conde de Ureña................	Sr.	Jurdao.
El Duque de Alba.................		Cachet.
Carvajal.........................		Banovio.
Aguilar..........................		Carreras.

Soldados y damas de la corte.

La escena en Madrid, durante el período de la regencia del Cardenal Francisco Jimenez de Cisneros.—Siglo XV.

ACTO ÚNICO.

Habitacion del alcázar: puertas á derecha, izquierda y fondo: mirador, que se supone dar á la plaza del Cordon, á la derecha del actor. Cuadros de imágenes de Santos: mobiliario y adornos de la época, aunque sin ostentacion. Cisneros está leyendo, y Carvajal escribe á tiempo de abrirse la escena.

ESCENA PRIMERA.

JIMENEZ DE CISNEROS y CARVAJAL.

CARVAJAL. Señor, ya está redactado;
vuestros deseos confirma.
CISNEROS. ¿Qué falta ya?
CARVAJAL. Vuestra firma.
CISNEROS. Carvajal, ya está firmado. (*Firma.*)
CARVAJAL. Tal vez, sin pensar en ello,
otra Pragmática igual
dió el Dean de Lovaina...
CISNEROS. ¿Cuál?
CARVAJAL. Vedla aquí, su firma y sello.
CISNEROS. ¿Quién tal derecho le dió
para gobernarme así?
Pues qué, ¿no sabe que aquí
el único Rey soy yo?
CARVAJAL. Tambien es ministro Adriano...
CISNEROS. En tanto no venga el Rey,
solo se observa la ley
cuando la firma mi mano.
Nunca admití consejeros;
si tal mengua tolerara,
Carvajal, no me llamara
Fray Jimenez de Cisneros.
CARVAJAL. Es que ya...
CISNEROS. Fuera mancilla
admitirla impunemente...
(*Rasgando el pergamino, cuyos pedazos arroja al suelo.*)
Decid la rompió el Regente,
Soberano de Castilla...
CARVAJAL. Adriano, al dar esta ley,
como él es vuestro asociado,
creerá que habeis desairado,
en su autoridad, al Rey...
CISNEROS. El peligro no me arredra;
mi conciencia harto le abona,
aunque pesa esta corona
como una losa de piedra.
CARVAJAL. Señor...

CISNEROS. Cuando alguna vez
recuerdo estas agonías,
¡cuánto envidio aquellos dias
felices de mi niñez,
en que del mal, sin conciencia,
dichoso, tranquilo, en calma,
aun no me habia herido el alma
el dardo de la esperiencia!
Luego pensé, y no os asombre,
Carvajal, de lo que os digo;
mas es el mayor castigo
el pensamiento en el hombre.
Lucha cruel, combate estraño;
sueño, que nunca se alcanza;
ilusion de una esperanza,
realidad, de un desengaño.
Deseo que el alma ciega,
y nunca las fuerzas mide;
ambicion que aquí reside,
y nunca á tocar se llega.
Eco que ambicioso zumba
del alma en recinto estrecho,
y no se aparta del pecho
sino al dintel de la tumba.
Lucha, en fin, cuya impotencia
todas las fuerzas agota;
veneno, que, gota á gota,
minando va la existencia.
Y todo, ¿por qué? ¡miseria!
¡vanidad! ¡gloria mundana!
¡Mañana... siempre el mañana ..!
¡Desventurada materia!
Consejos oye, y no escucha;
pues diera en su corta historia,
por un instante de gloria,
cien siglos ¡ay Dios! de lucha.
Ser siempre el alma desea
libre y fugaz como el viento;
que es tan grande el pensamiento
como infinita es la idea...
¿Habeis acabado ya?

CARVAJAL. Sí tal, firmarla podeis.

CISNEROS. La firma; mas no olvideis
que hoy mismo se dictará.
La ley á regir empieza...

CARVAJAL. Mal esta ley se acompaña
con la nobleza de España...

CISNEROS. ¿Qué me importa la nobleza?
Nobleza que se encastilla,
sin mas ley ni mas idea,
que una horca en cada aldea
y un cadalso en cada villa:
que atropellando las leyes,
mancillando sus blasones,

siempre rebeldes pendones
levantó contra sus Reyes:
cuya altiva condicion,
enemiga del saber,
nunca alcanzó á comprender
al gran Cristóbal Colon,
¿de qué nos sirvió? de nada;
pues su ignorancia es tan suma,
que ha hecho pedazos la pluma
para empuñar una espada.
Muy corta es ya mi existencia;
mas hasta el postrer momento,
cumpliré este juramento
que consagré en mi conciencia.
Tiempo es que acaten las leyes,
sin mas fueros vergonzosos,
esos nobles ambiciosos
que se alzan contra sus reyes;
que de la ciencia enemigos,
hicieron de España, airados,
solo un cuartel de soldados
y una nacion de mendigos.
Realizar mision tan alta,
para acabar esa obra,
si el espíritu hoy me sobra,
la vida en cambio me falta.

CARVAJAL. Ved; el marqués de Tendilla
os ha escrito...

CISNEROS. De la guerra,
¿qué dice?

CARVAJAL. Que Italia es tierra
ya sometida á Castilla.

CISNEROS. Triunfante el pendon tremola,
que hoy nuevos mundos conquista.
No hay un poder que resista
la infantería española.
Si César necesitó
ver, y llegar, y vencer,
España, aun antes de ver,
en todas partes venció.
Pues hoy, con su nombre solo,
los castellanos guerreros,
rindieron con sus aceros
el mundo de polo á polo.
Y las preseas mas ricas
que en cien combates ganaron,
por todo el mundo pasearon
en la punta de sus picas.
¡Siempre la misma arrogancia!
¿Puede un pueblo estar difunto,
con glorias como Sagunto,
y mártires cual Numancia?
¡Hinque el mundo su rodilla,
y prostérnese vencido,

que, despues de Dios, no ha habido
otro poder que Castilla!
¡Que en su letargo profundo,
si el leon despierta un momento,
vacilan en su cimiento
todos los pueblos del mundo! (*Transicion.*)
Decidle que entre á Aguilar,
porque necesito hablarle...

CARVAJAL. Voy al instante á llamarle;
Señor, ya podeis firmar. (*Váse.*)

ESCENA II.

JIMENEZ DE CISNEROS.

CISNEROS. (*Firmando varios documentos.*
Si airado me culpa el Rey,
Dios me juzgará y la Historia.
Hoy por hoy, mi mejor gloria
consiste en cumplir la ley.

ESCENA III.

JIMENEZ DE CISNEROS y AGUILAR, presentándose en el foro, con cota y casco, y el manto de Calatrava.

AGUILAR. Señor...

CISNEROS. Aguilar, os llamo,
porque sé que vuestra raza
nunca desmintió el buen nombre
de la sangre castellana.

AGUILAR. Señor, soy soldado, y rudo;
mi vida está consagrada,
desde que me hallé con fuerzas
para esgrimir una lanza,
al honor de mi bandera
y al servicio de mi patria.
Ya sabeis cuánto desprecio
las intrigas cortesanas;
Cardenal, mi vida es vuestra,
no tengo mas que esta espada,
roja en sangre granadina;
disponed de ella.

CISNEROS. Sí, gracias.
Lo sé, capitan, lo sé,
pues os conocí en Granada,
en tiempos del Rey Fernando,
que el cielo tenga en su guarda.
Mas solo en un caso estremo
debe apelar el que manda,
cuando no hay otro recurso,
á la fuerza de las armas.

AGUILAR. Suceda lo que suceda,
¡vive Dios! si se desmandan,
yo enseñaré á esos traidores
que aun hay quien tenga en España

sangre de hidalgo en las venas,
bajo esta cota de malla.
Villanos son, que no saben
nunca en buena lid dar cara,
y cobardes, que se atreven
tan solo á herir por la espalda.

CISNEROS. Ya sé que sois un valiente,
Aguilar; las Alpujarras
testigos secretos fueron
de vuestras grandes hazañas.

AGUILAR. Señor, en aquella sierra,
que al sol la cerviz levanta,
y que poblada de villas,
es mar de peñas y plantas,
y en donde sus poblaciones,
tan libres como las águilas
que reinan sobre las cumbres
de sus gigantes montañas,
disputan su independencia
aun á las huestes cristianas,
allí mi buen padre Alonso
el sueño eterno descansa,
con la muerte del soldado
que sucumbio por su patria;
y allí yo tambien muriera
si el cielo no lo estorbara;
allí quisiera yo estar
otra vez, y con mi espada
conquistar nuevos blasones,
ó morir en la demanda;
pues tener la espada al cinto,
mientras la guerra y la fama
me llaman á otros paises,
es indigno de mi raza.

CISNEROS. Ahora bien: ¿qué nuevas corren?

AGUILAR. Dicen que el Dean de Lovaina
se ha fugado anoche.

CISNEROS. Bueno.
¿Están las guardias dobladas?

AGUILAR. Sí, he puesto mas centinelas
á la entrada del alcázar,
y al capitan Avendaño
le mandé con treinta lanzas
que ocupase los Basilios
y San Millan...

CISNEROS. Basta, basta.
No hacer alardes de fuerza
es lo único que hace falta.

AGUILAR. El pueblo hasta ahora en silencio
permanece, y si mañana
llega el duque de Segovia,
ningun peligro amenáza
á la corte.

CISNEROS. Sin embargo,

la prudencia nunca es mala.
Y de Tremecen, ¿qué dicen?

AGUILAR. Se ha recibido una carta,
que asegura que de Túnez
han preso en una algarada
al gran Maestre de Santiago,
Don Diego Alfonso de Cárdenas.

CISNEROS. Pero... ¿y Navarro?

AGUILAR. Ha resuelto
poner sitio á varias plazas,
que á estas horas habrán caido
al fuego de sus bombardas.

CISNEROS. ¿Qué importa? Si de los moros
los valientes hechos cantan,
tanto así mas resplandecen
nuestras célebres hazañas;
que el encarecer los hechos
del vencido en la batalla,
engrandece al vencedor
aunque no hablen de él palabra.
Idos, pues, y estad alerta,
que hoy en Madrid se proclama
á Don Cárlos: las ciudades
tendrán que hacerlo mañana.

AGUILAR. Dicen que los nobles todos,
en casa del duque de Alba
se han reunido.

CISNEROS. ¿Y qué me importa?
La nobleza no es España.
Para sujetarla á toda,
con este cordon me basta.
(*Mostrando el cordon del hábito.*)

AGUILAR. Es que ademas se murmura,
que á la Reina doña Juana
intentan de Tordesillas
traer á Madrid.

CISNEROS. ¡Que la traigan!
Que abusen de su demencia:
no importa; si tan villana
accion intentar quisieran,
aunque viejo, no me falta
la suficiente energía
para defender mi causa.
El Rey Fernando, al morir,
confió el destino de España
en mis manos; Dios me escucha:
espero en él; mi fe es tanta,
que nada temo. Idos, pues,
tranquilo estoy; pues mañana,
¡el tribunal de la Historia
será el que juzgue mis faltas!

ESCENA IV.

JIMENEZ DE CISNEROS

CISNEROS. Si el cielo mi ruego escucha
con la fe que mi alma invoca,
aunque mi vida es tan poca,
mi esperanza, en cambio, es mucha.
Esta mision soberana
cumpliré como cristiano.
Todo el pueblo castellano
quiero que diga mañana:
«Antes que la ley se tuerza,
siempre respetarla ha hecho,
con la fuerza del derecho,
ó el derecho de la fuerza.»
Cumpla la ley, y es igual:
antes que nada es la ley;
¡júzgueme el pueblo cual Rey,
y Dios como Cardenal!

ESCENA V.

JIMENEZ DE CISNEROS y CARVAJAL.

CARVAJAL. Señor...
CISNEROS. ¿Quién es?
CARVAJAL. Un hidalgo;
quiere veros sin tardanza.
CISNEROS. ¿Su nombre?
CARVAJAL. El conde de Ureña.
CISNEROS. ¿El conde? Que pase. ¿Nada
te ha dicho?
CARVAJAL. No, pero...
CISNEROS. Escucha:
¿trae gente?
CARVAJAL. No, y por sus armas
demuestra que un largo viaje
ha emprendido...
CISNEROS. ¿Pues no estaba
con el marques de Tendilla
en Flandes? Que pase; manda
al capitan Aguilar
que á nadie estorbe la entrada.

ESCENA VI.

JIMENEZ DE CISNEROS y EL CONDE DE UREÑA.

UREÑA. Dios os guarde, Cardenal.
CISNEROS. ¡Vos aquí! onde, me estraña
que os encontreis en España...
UREÑA. Y á mí tambien; por mi mal,
aunque la causa colijo,
cuádrele á quien no le cuadre,
tiempo es que atendais al padre,

que os pide cuentas de su hijo.

CISNEROS. Vuestro hijo está preso.

UREÑA. ¡Oh!
¿Quién fue el villano atrevido?

CISNEROS. Conde de Ureña, el que ha sido
está presente; ¡fuí yo!

UREÑA. ¡Vos!

CISNEROS. Sí.

UREÑA. ¡Por vida mia,
que casi estoy por no creerlo!

CISNEROS. Sin embargo, podeis verlo
cuando querais; id un dia
á la torre de Lujan...

UREÑA. ¿Y este premio se guardaba
al que un nuevo reino os daba
en Nápoles y en Milan?

CISNEROS. Conde...

UREÑA. ¡Mientras rezais vos
en tranquilidad aquí,
yo un nuevo laurel os dí,
á mi patria, al Rey y á Dios!

CISNEROS. Vuestro hijo faltó á la ley.

UREÑA. ¿Mi hijo? ¡Imposible!

CISNEROS. Sí.

UREÑA. ¿Cuándo?

CISNEROS. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Asesinando
á un emisario del Rey!
Y llegó á tal su imprudencia,
que, amotinando á una villa,
á las armas de Castilla
trató de hacer resistencia.
Caiga, pues, sin compasion,
ya que desleal aparece,
el castigo que merece
su indisculpable traicion.

UREÑA. ¡Vive Dios! no lo tolero.

CISNEROS. Aunque mi rigor no os cuadre,
si mal supísteis ser padre,
peor sabreis ser caballero.

UREÑA. ¡Por Cristo!

CISNEROS. A vuestro destino
culpad, pues tan mal os trata;
mas quien tan cobarde mata,
solo es un vil asesino.

UREÑA. ¡Cardenal!

CISNEROS. No os asombre
si hay quien por tal le imagina;
el que indefenso asesina,
nunca mereció mas nombre.

UREÑA. Mi hijo es aun, y, ¡vive Dios!
que á otro lanzarme tal mengua,
le hiciera arrancar la lengua,
tan hidalgo como vos.

CISNEROS. No temo vuestra amenaza.

UREÑA. ¡La sangre en mis venas arde!
¡Jamás se albergó un cobarde
en toda mi ilustre raza!
Mi honra es un limpio crisol.
¿Y lo dudais, por ventura?
¡Mi honra, mi honra está tan pura
como los rayos del sol!
Yo escribí toda su historia
con la punta de la espada...

CISNEROS. ¡Gloria en sangre cimentada,
jamás se alzará con gloria!
¡Lauros y timbres profanos,
del hombre crueles instintos,
blasones que aun están tintos
en sangre de sus hermanos;
no, la virtud solo es palma
que presta honor y grandeza,
pues no existe mas nobleza
que la nobleza del alma!

UREÑA. Cuádrele á quien no le cuadre,
si hoy su libertad no cobra,
para estar libre le sobra
conque lo quiera su padre.
Desigual es la partida;
mas tanto en mi honor se empeña,
que juro á nombre de Ureña...

CISNEROS. No jureis... ya está perdida.
Tus armas, conde, son vanas;
mal recurso has elegido,
que habrás de salir vencido
por la nieve de mis canas.
Ya que airado me provocas,
sí, yo espondré tales menguas,
al juicio de las lenguas
y á la opinion de las bocas.
Y todo el mundo sabrá
vuestro loco atrevimiento...

UREÑA. Señor.. tal procedimiento...

CISNEROS. Yo lo hice; bien hecho está.
Vuestro hijo faltó á la ley,
y está sujeto á su fallo
desde el último vasallo
á la púrpura de un rey.

UREÑA. Contra la ley nada arguyo;
mas es menguada torpeza...

CISNEROS. Fuese mayor su nobleza
teniendo menos orgullo.
Si su blason tuvo en algo,
no hiciera tal villanía;
la culpa es suya, no es mia;
supiera ser mas hidalgo...

UREÑA. ¡No es que disculparle intente
de su falta, Cardenal;
pero en vuestra boca mal

sienta ese tono insolente...!

CISNEROS. ¡Quien sabe ser caballero,
jamás desnuda su espada
contra la ley...!

UREÑA. ¡En Granada
bien se portó!

CISNEROS. Soy severo;
mas si hoy vuestro honor ultrajo,
hora es que el pueblo perciba.
Si no se da ejemplo arriba,
¿qué puede esperarse abajo?

UREÑA. Hasta hoy nadie á mis blasones...

CISNEROS. Conde, ya estais satisfecho.
¡Dios solo tiene el derecho
para juzgar mis acciones...! (*Váse.*)

ESCENA VII.

EL CONDE DE UREÑA.

UREÑA. ¡Poder de Dios, no sė como
la ira que tengo en el pecho
he contenido! ¡Por Cristo!
que el Cardenal no está cuerdo.

ESCENA VIII.

EL CONDE DE UREÑA y EL DUQUE DE ALBA.

ALBA. Dios os guarde, buen hidalgo.

UREÑA. !Vos aquí! ¡cuánto me alegro!
Duque, ¿buscais al Regente...?

ALBA. Sí, quiero hablar con Cisneros:
hoy ha dado una prágmatica,
que nos prohibe el derecho
de armar á nuestros vasallos.

UREÑA. Y á mi hijo tiene preso,
por yo no sé que motivos,
que ni aun me importa saberlos:
me ha saqueado una villa.

ALBA. Obedece al pensamiento
de ir previniendo recursos
conque combatir los nuestros.
Tal vez sea algun hipócrita
y temerario pretesto
para despojarnos, conde,
del dominio de los pueblos,
que á costa de tanta sangre
y sacrificios les dieron
las antiguas monarquías
á nuestros nobles abuelos,
en pago de sus servicios.

UREÑA. ¡Vive Cristo! que sospecho
teneis razon...

ALBA. Mi hidalguía
nunca pagó al rey mas feudos
que la punta de sus lanzas

y el valor de sus pecheros.

UREÑA. ¿Qué hubieran sido los reyes
sin nuestros leales esfuerzos?

ALBA. En Granada mis vasallos,
¡por Santiago! que pusieron
el pendon de mi linaje
sobre la cruz de Cisneros.

UREÑA. Yo en Málaga, con mis leales,
siempre en la brecha el primero,
le dí una ciudad á Castilla.

ALBA. Y yo á Aragon le dí un reino.

UREÑA. En las Alpujarras solo
me batí con mis arqueros.

ALBA. Y en la Ajarquía mis lanzas
de laureles se cubrieron,
Conde.

UREÑA. Duque, la nobleza
que aun alienta en nuestros pechos,
tolerar tal despotismo
ya no puede; si hoy Cisneros
no hace completa justicia
á nuestros antiguos fueros,
me proclamo independiente.

ALBA. Y yo tambien. ¡vive el cielo!
En vida de doña Juana,
sin consultar con el pueblo,
nos quiere imponer su yugo
con un monarca estranjero.
Que convoque Cortes...

UREÑA. ¡Siempre
á tal medida se ha opuesto!

ALBA. Conde, hoy se pondrá un dique,
si así lo permite el cielo,
á su ambicion desmedida.

UREÑA. ¿Qué decís?

ALBA. La Reina há tiempo
que lo sospecha, y no debe
encontrarse ya muy lejos
de Madrid.

UREÑA. ¿Y á Tordesillas
abandona?

ALBA. Lo han dispuesto
así los nobles reunidos.
Mañana los consejeros
de Castilla y mandatarios
que se elijan por el pueblo,
nombrarán otro Regente;
en tanto...

UREÑA. Duque, silencio:
oigo pasos. Será el fraile.
Prudencia; aquí está Cisneros.

ESCENA IX.

El Conde de Ureña, El Duque de Alba y Cisneros.

Cisneros. ¿Aun aquí? ¿Qué pretendeis?
¡Tambien el duque...!

Ureña. Ha sabido
la ley que habeis concedido,
y viene á que la anuleis.

Cisneros. Conde de Ureña, hecho está;
y aunque á su honor le interese,
pésele, duque, á quien pese,
esa ley se cumplirá.
Quiera la nobleza ó no,
se ha de llevar adelante;
pues la ley tiene bastante
haberla firmado yo.

Alba. Los pueblos están cansados
de siete siglos de guerra,
y vos haceis de esta tierra
solo un cuartel de soldados.
Respeto las intenciones
que motivan vuestros planes;
pero tantos capitanes,
tantas armas y cañones,
solo con un fin menguado
puede imponerse tal yugo,
que iguala con el verdugo
á la espada del soldado.
Solo por una vileza
puede crearse audazmente,
otro poder frente á frente
al poder de la nobleza.
Y esto nuestro honor mancilla,
y ofende nuestro derecho;
esto no puede haberlo hecho
el Regente de Castilla.
Pedir al pueblo un servicio
que su esclavitud condena,
es labrarle una cadena
que le lleve al sacrificio.

Cisneros. Duque, vuestro orgullo os trunca
en cosas que no os incumben,
pues si los hombres sucumben,
los pueblos no mueren nunca.
Mia es la afrenta ó la gloria;
respétela hoy el vasallo,
que yo me someto al fallo
del tribunal de la Historia.

Alba. Derecho me dan los fueros.

Cisneros. La ley tales fueros salva.

Alba. Yo soy el Duque de Alba.

Cisneros. Y yo el Cardenal Cisneros.
No es orgullo torpe y vano;

mas hoy mi conciencia abarca,
la púrpura del Monarca
y el sayal del franciscano.
Si consentir tal mancilla
mal como español pudiera,
el deber se lo impidiera
al Regente de Castilla.
Dejad mezquinos asombros,
pues mi conciencia harto abona,
el peso de esta corona
que hoy siento sobre mis hombros.

ALBA. Mas tolerar tal malicia
redunda en nuestra vileza.

CISNEROS. ¿Y quién sois vos?

ALBA. La nobleza.

CISNEROS. Yo soy mas, soy la justicia;
y cuando impongo una ley,
mido á todos por igual,
que antes que á ser Cardenal
me han enseñado á ser Rey.

UREÑA. Mal se hermana esa corona
con la humildad de un Prelado.

CISNEROS. Peor se hermana en el soldado
la deslealtad que blasona.
No es de hidalgos fiel instinto
vestirse de seda y oro,
tendiendo la mano al moro
y habiendo una espada al cinto.

UREÑA. Siempre fuí vasallo fiel.

ALBA. De mi lealtad no hubo queja.

CISNEROS. Sirviendo á la Beltraneja
luchásteis contra Isabel;
la Reina á cuya prudencia,
roto el pendon africano,
debe el pueblo castellano
nuestra santa independencia:
la que ni aun cabe su gloria,
que baldon ninguno infama,
ni en los templos de la fama
ni en los fastos de la Historia:
á cuyo genio profundo,
y cristiana y santa idea,
se debe que España hoy sea
el primer pueblo del mundo:
El héroe que enjendró el rayo
que á nuestra nacion recobra:
la que terminó la obra
que comenzó Don Pelayo,
no parando en su jornada
hasta clavar su estandarte
en el mas alto baluarte
de la Alhambra de Granada:
Que en su poder sin segundo,
pequeño el mundo á su gloria,

un laurel mas en su historia
fue á buscar al Nuevo-Mundo:
Si un *non plus ultra* hubo escrito
del mar en la opuesta orilla,
ella dió á Leon y á Castilla
el *non plus* de un infinito.
¡Pues do quier brillara el sol,
en la paz como en la guerra,
no existe un palmo de tierra
sin un dominio español!

ALBA. Nosotros, los nobles fuimos.
Nosotros lo conquistamos.

UREÑA. Siempre por el Rey luchamos,
y nada al Rey le pedimos.

ALBA. Aun de nuestra sangre roja
existe gloriosa traza,
en las almenas de Baza,
y en los adarves de Loja.
Así un imperio se labra, (*Con desprecio.*)
y el Rey vence á su enemigo...

CISNEROS. ¡Dios de mi causa es testigo...! (*Indignado*
¡Silencio... ni una palabra!
Hay un límite tan cruento,
en que se calla y se siente,
para el cual es imponente
el mundo del pensamiento.
Límite que aun no se toca,
cuando deponiendo agravios,
del corazon á los lábios
no encuentra espresion la boca.
¡Que en un duelo tan profundo
no es posible en tanta mengua,
pueda execrarse en la lengua
de ningun pueblo del mundo!

ALBA. ¡Oh! ¡mal mi enojo contengo
ante tales procederes!
¡Donde están vuestros poderes!

CISNEROS. (*Dirigiéndose al balcon y señalando á la plaza*)
Miradlos, allí los tengo.
Vuestros fueros y blasones,
aunque de ellos no estoy falto,
jamás hablaron mas alto
que la voz de mis cañones.
¡Aunque tolerar quisiera
vuestra altivez, no os asombre
que os habla por mí en su nombre
la Reina Isabel primera!
¡Conde, abajo esa rodilla!

UREÑA. Señor...
(*Con mal reprimido enojo dirige la mano al cinto.*)

CISNEROS. ¡Tamaña insolencia!
¡Ved que estais en la presencia
del Regente de Castilla!

ALBA. Como quien soy, que me estraña
vuestros fueros arrogantes:
¡somos los representantes
de la grandeza de España!
¡Vive Dios!

CISNEROS. ¡Qué!

ALBA. Ya me callo...

CISNEROS. ¡Duque, abajo esa cabeza,
pues donde el Monarca empieza,
allí termina el vasallo!!
¡Pese á tan menguado instinto,
hoy no hay mas Rey, caballeros,
que Jimenez de Cisneros
en nombre de Cárlos quinto.

ESCENA X.

Dichos, y AGUILAR.

AGUILAR. Cardenal... señor...

CISNEROS. ¿Qué ocurre?

AGUILAR. ¿Qué ha de ocurrir? ¡una infamia!
Salid, y vereis la corte
que se dirige al alcázar.

CISNEROS. ¡Cielos! ¡la corte! ¡qué dice!
Habla, Aguilar.

AGUILAR. Doña Juana,
pues que nadie bajó á verla,
sube á veros a esta sala.
¿Qué haceis? desde este balcon
se vé ya la cabalgata.

CISNEROS. ¡Doña Juana...!

AGUILAR Yo la he visto
en la puerta del alcázar
descabalgar, entrar sola,
y subir con firme planta.

CISNEROS. ¡Que entre; ninguno se mueva!
Mi voluntad es soberana.
Quedaos todos; yo os lo mando.

AGUILAR. ¡Silencio...! aquí está la Infanta.

ESCENA XI.

Dichos, DOÑA JUANA, y acompañamiento.

CISNEROS. Señora...

DOÑA JUANA. Cardenal, guárdeos el cielo.
¿Acaso mi visita os importuna?
¿De qué os admira?

CISNEROS. En vuestro triste duelo
aislada siempre estais...

DOÑA JUANA. Creeis, por fortuna...

CISNEROS. Como tan solo en Dios hallais reposo,
desde la muerte de un amante esposo...

DOÑA JUANA. ¿Ha muerto...? ¿Vos tambien lo asegurais?
¿Vos tambien lo creereis...? ¿Lo estais diciendo?

¡No, Felipe vive aun...!

CISNEROS. Señora...

DOÑA JUANA. Estais
en un error, sí tal; ¿no le estais viendo
á vuestro lado...? allí... no, no deliro:
no estoy loca, ¡ay, no! es que le miro,
le veo sonreir, no es un deseo;
es que su imágen mis dolores calma;
es que á mi lado está; es que le veo
con los ojos, ¡ay Dios! que presta el alma.

CISNEROS. Señora...

DOÑA JUANA. Cardenal, locura fuera
que dudase una vez si no le viera;
pero sentirle y verle á cada instante,
contemplando su faz cada momento,
siempre su corazon sentir amante,
y á todas horas oir su dulce acento;
si loca ahora me llaman, ese dia,
¿qué nombre el mundo entero me daria?
¡Oh! no; no ha muerto aun, viene do vengo
y gira sin esfuerzo á donde giro;
con mis amantes lazos le sostengo,
y suspira conmigo si suspiro;
recibo ardor de su mirada bella,
gozo en su luz, me transfiguro en ella.
Dejadme, pues, gozar mis ilusiones;
de mi vida el recinto solitario,
cuánto diera, ¡ay de mí, que estas visiones
fuesen siempre un ensueño imaginario!

CISNEROS. ¿Veis? ¡Vuestro corazon, duque, es de roca,
pues que asesina el de una pobre loca!

DOÑA JUANA. ¡Mas está aquí...! ¡le veo! ¡palpitante
siento su corazon...! ¡responde el mio!
¡Oh, siempre tan bizarro y tan amante!
¿Veis que dichosa soy? ¿veis como rio...?
Silencio, Cardenal: ¡cielos! se aleja,
¡ingrato! ¡no me ha visto, y ya me deja!

CISNEROS. Que Dios os tome en cuenta su amargura.
¡No teneis corazon; casi marchita
por el dolor se encuentra su hermosura,
y aunque robusto el corazon palpita,
el pesar destrozando su existencia,
triste recurso ofrece en su demencia!

DOÑA JUANA. ¡Todos decis que ha muerto; empeño vano!
Cuando llegué á Madrid, oí la voz ruda
de un nécio arcabucero castellano
á mi paso gritar:—«ahí va la viuda:»
y hasta escuché decir á una villana:
—«¡ahí va la infanta viuda doña Juana!»
Y otros mil á mi paso iba escuchando;
—«ahí va la Reina viuda» iban diciendo,
mi pobre corazon despedazando. .
y en tanto la verdad desconociendo,
realidad é ilusion mi mente abisma,

hubo un instante en que dudé yo misma.

ALBA. Señora, aunque el infante muerto hubiera,
solo con nuestros brazos le bastara,
y aunque todo el infierno se opusiera,
el cetro de Castilla gobernara
tan solo vos, señora, pues no hay leyes
que impongan, por capricho, á un pueblo (Reyes.

CISNEROS. Atrás, gente ambiciosa y corrompida:
ya que tan cruel infamia habeis urdido,
no marchiteis el resto de su vida.

ALBA. ¡Cardenal, vuestro orgullo está vencido!

CISNEROS. ¡Vergüenza, ultraje y un baldon profundo
serán la herencia con que os premie el (mundo!
Vosotros, ¿quiénes sois? ¡Mientras no siga
la lengua al corazon, mientras no sienta,
aquel que un noble corazon abriga,
vergüenza de su infamia y de su afrenta,
y en vuestros lábios la mentira irradie,
sereis cuerpos sin alma .. sereis nadie!
¿Y nobles quereis ser? Vuestra nobleza
ha deshonrado ya tanta perfidia. .

ALBA. ¡Cardenal, vive Dios, tanta vileza...!

CISNEROS. ¿Quién la causó, decid, sino la envidia?

ALBA. ¡Ved que la ofensa es tal, y la ira es tanta ..!

CISNEROS. Callad, Duque, callad: mientras el llanto
de esta infeliz mujer el alma abrasa,
esplotar pretendeis su inteligencia,
y angustias nuevas le causais sin tasa...
Ya que os falta el honor y la conciencia,
no hagais al menos tan villano alarde,
porque voy á pensar sois un cobarde...
(*Rumor creciente, aclamaciones á D. Cárlos y salvas lejanas.*)
¿Ois? (*Señalando á la plaza.*)

DOÑA JUANA. ¡Cielos! (*Saliendo de su letargo.*)

UREÑA. ¡El Rey!

ALBA. ¡Mengua de España!
Es digno del desprecio mas profundo
quien va á buscar un Rey á tierra estraña.
mientras un español haya en el mundo!!

DOÑA JUANA. ¡Qué dicen!
(*Aumentando el rumor hasta el fin de la escena.*)

VOCES. ¡Viva el Rey Cárlos primero!

UREÑA. Es el austriaco, á quien el pueblo aclama.

ALBA. ¡Jamás consentiré un Rey estranjero!

CISNEROS. El derecho y la ley hoy le proclama.
¡Duque, ante el Soberano de Castilla
sed el primero que hinque su rodilla!

DOÑA JUANA. ¡Cisneros, ya que al mundo has despreciado
y en un burdo sayal te cobijastes,
de mis sienes, traidor, has arrancado

el laurel que hace tiempo ambicionastes!

CISNEROS. Para tanta ambicion vida me falta.
¡Líbreme Dios de pretension tan alta!

DOÑA JUANA. ¡Oh, Cardenal...! ¡mi corona! ¿qué habeis (hecho?
¡Yo soy la Reina aun...!

CISNEROS. ¡Y yo el Regente!

DOÑA JUANA. ¡Nobleza... pueblo! ¿á dónde está el derecho
y la justicia? ¡Ay Dios! arde mi frente.
¡Todos callais! ¡já, já, já! ¡almas de roca!
¡creo que de veras ya me he vuelto loca!
Se ha de cumplir mi maldecida suerte.
¡Oh! ¡todo me huye, todo me amenaza;
siempre el lívido aspecto de la muerte
mi corazon amante despedaza!
¡Hasta las flores que ante mí se agitan,
con mi fatal aliento se marchitan!

ALBA. Señora, de mi nombre fuera mengua,
ya que nuestra ira el Cardenal provoca...

CISNEROS. ¡Callad, Duque, callad, tened la lengua;
no me obligueis que á una insolente boca
que sus limpios blasones despedaza,
mande al punto poner una mordaza!

DOÑA JUANA. Cisneros, perdonadme, un desvario
me hizo tal vez decir lo que no siento;
rogad al cielo, ya que el padre mio
mi corona á otro dió en su testamento,
porque á mi patria en porvenir fecundo
sea la primer nacion siempre del mundo
A Tordesillas vuelvo; en tal retiro
pienso permanecer, Reina olvidada,
hasta lanzar el último suspiro.
¿Qué espero ya en el mundo? ¿qué soy? (¡nada!
Mi amor es un cadáver... ¡impía suerte!
¿Estás bastante satisfecha? ¡oh muerte!
¡Ah! ¿por qué el cielo desunió los lazos
que a nuestras almas dulcemente unia?
¿Por qué el destino cruel hizo pedazos
el ara santa en que el amor ardia?

CISNEROS. Esperanza, señora... ¡Dios os mira!

DOÑA JUANA. Esperanza, ¿y en quién...? ¡vana mentira!
es que tu ingratitud mal me perdona.
Con tanta compasion, fraile, me humillas.
¡Aun soy la Reina yo, mia es la corona!
¡Paso á la Reina de las dos Castillas!
(*Adelantándose altiva, y despues como víctima de una violenta transicion, se dirige otra vez al Cardenal.*)
Perdonad, Cardenal, que estoy demente.

ALBA. ¡Justicia!

DOÑA JUANA. Y yo, ¿quién soy? Ved al Regente..
(*Váse, seguida de sus damas y acompañamiento.*)

ESCENA XII.

CISNEROS, EL CONDE DE UREÑA y ALBA.

CISNEROS. ¡No la sigais, no, dejadla...!
Siempre al dolor se respeta.
UREÑA. Cardenal, ya habeis oido...
CISNEROS. Porque lo que oí me deja
sin duda de lo que he visto,
lo creo; más os valiera
que aun lo siguiese dudando.
ALBA. Vuestra intencion no se espresa...
CISNEROS. Las razones porque callo
serán razones supremas;
si en el silencio las guardo,
será que guardarlas deba.
Idos, pues, quiero estar solo.
UREÑA. No me iré sin que antes tenga,
de la libertad de mi hijo,
una irrecusable prenda.
ALBA. Ni yo, Cardenal, sin que antes...
CISNEROS. ¡Que os marcheis he dicho...!
UREÑA. Fuerza
es ya que á mi pregunta
le deis cumplida respuesta.
ALBA. Quien de tal modo se calla,
por temor ó por cautela,
quiere arrojarnos al rostro
alguna ignominia nueva.
CISNEROS. Conde... Duque... idos; mas vale,
que tuviéseis mas conciencia,
y no apelárais á medios
que vuestro linaje afrentan.
¡Marcharos, marcharos pronto,
pues la sangre de mis venas
estoy sintiendo rebosa
de dolor y de vergüenza!
Idos á cultar la infamia
que vuestros blasones ciega;
idos...
UREÑA. Cardenal, mi hijo...
CISNEROS. Marcharos, antes que pierda
con vuestras provocaciones
la razon y la paciencia.
ALBA. Cardenal, mi ilustre raza
tiene dadas grandes pruebas...
CISNEROS. Duque, quien noble ha nacido,
obra siempre con nobleza.
¡Idos, porque no respondo
de mí mismo...!
ALBA. ¡Nuestra Reina
es la infanta Doñ a Juana!
CISNEROS. ¡Dios de su mano me tenga!
(*Se oye una música militar que se acerca progresivamente.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Aguilar y Carvajal.

Carvajal. Cardenal, soy el primero
que tal nueva os acompaña.
Ya ha salido para España,
según dice un mensajero,
el nuevo Rey de Castilla.
¡Señor, el placer me agovia!
Ved los tercios de Segovia
con el marqués de Tendilla.
Salid, Cardenal, salid,
pues hoy, que al Rey se proclama,
con entusiasmo os aclama
todo el pueblo de Madrid.
Cisneros. ¡Oh! Gracias, Dios soberano.
Alba. La recompensa os espera... (*con desprecio.*)
Cisneros. ¡Qué sacrificios no hiciera (*Altivo.*)
por el pueblo castellano!
Ureña. Teneis razon ¡vive Dios!
perdonadme: ¡voto á Cristo!
que en todo el mundo se ha visto
un corazon como vos.
Si, con vuestra independencia,
os debe un Rey su corona.
Cisneros. Si el pueblo no me perdona,
tranquila está mi conciencia.
Que el mundo marcha adelante
en su inmutable destino,
y es un loco desatino
querer decirle... ¡bastante!
¡Dejad, pues, la patria gloria,
que tantos lauros conserva;
quizá el tiempo aun nos reserva
un paso mas en la Historia!
Alba. Todo el infierno, de fijo,
contra mí se ha conjurado ..
Cisneros. Conde, sois un buen soldado,
tomad... el perdon de un hijo.
Alba. Mas esa ley promulgada...
Cisneros. Duque, cumpliendo esa ley,
tiempo es que os encuentre el Rey,
español, antes que nada.
Aguilar. ¡Señor... Dios os lo recompense! (*Gozoso*
Cisneros. ¡Cielos! ¿qué es eso, Aguilar..?
Aguilar. (*Entregándole un libro.*)
Es... el primer ejemplar
de la Biblia complutense.
Cisneros (*Con entusiasmo.*)
¡Oh! gracias, no sabeis cuánto
mi alma de placer palpita;
en este libro está escrita
la historia de un dogma santo,

conque al Universo entero,
de un alto monte en la cumbre,
libró de su servidumbre
el Hijo de un carpin ero.
Ley que va del bien en pos,
que iguala un nombre á otro nombre,
hasta en la imagen de un Dios...
Por ella, Colon un dia,
corre, parte, cruza y vuela,
¿Veis..? su frágil carabela
solo á Dios tiene por guia...
Velo flotante de brumas
rasga el crespon de las olas,
y el barco duerme á sus solas
sobre su lecho de espumas.
Allá... muy lejos, aun zumba
la voz de la tempestad...
arriba.. la eternidad,
y en todas partes la tumba.
Allá... la mente se aterra,
pues la verdad no se alcanza;
aquí... siempre la esperanza,
que grita: ¡adelante! ¡tierra!
¡Tierra! ¡Que falta la luz,
mas la fé el peligro salva...!
¡Tierra! y al nacer el alba
se alza triunfante una cruz.
¡La cruz! sí, nunca os asombre;
ved cual flota en su bandera
cual la insignia verdadera
de la redencion del hombre...
Vedla... Lábaro fecundo
que ayer redimió una raza,
y hoy triunfante se abre plaza
por la redencion de un mundo:
Cruz, que al ser santificada,
ha puesto, y del gozo bivro,
no á la espada sobre el libro,
sí al libro sobre la espada.
La cruz que tiene propicia,
al destruir antiguos lazos,
abiertos siempre sus brazos
al derecho y la justicia.
¡Cruz, que cubierta de gloria,
en nuestra alma se venera;
cruz, que hizo á nuestra bandera
inmortal sobre la Historia!

ALBA. Cardenal, ¿y á un estranjero
dais el cetro de Castilla...?
¡Nunca vi tanta mancilla!

CISNEROS. Duque, entregad vuestro acero.

ALBA. Tomad, antes que en el cinto *(Dándosela.)*
salte su cruz deshonrada.

CISNEROS. Si quereis ceñir la espada, *(Con altivez.)*

pedídsela á Cárlos quinto.
Ya terminé mi mision.
El Rey vuestras cuitas calma.
Ya es tiempo se ocupe mi alma
de su eterna salvacion.
Cumplí mi constante anhelo.
En ese cañon que zumba,
siento la voz de una tumba
que me abre un camino al cielo.
Como cristiano cumplí,
como español me porté,
pues á mi patria dejé
Dos Mundos detrás de mí.
En Africa el musulman
hoy alza el pendon infiel.
desde el pirata de Argel,
hasta el califa de Orán.
Al Africa, caballeros,
donde invencible aun tremola,
junto á la insignia española
la santa cruz de Cisneros.
Con vuestro marcial instinto,
venciendo á aquellos infieles,
añadid nuevos laureles
al trono de Cárlos quinto.
Ya que os reserva la Historia
un porvenir infinito,
dejad en mi tumba escritó
este epitafio de gloria:
«Yace aquí el gérmen fecundo,
que baldon ninguno empaña;
Cisneros hizo de España
la primer nacion del mundo.»

CAE EL TELON.

75

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

La Blusa, comedia de costumbres, en un acto.

La Taberna, id. id.

El Frac, id. id.

Los Escépticos.

Un Casamiento civil, id. id.

1871-1872, revista político-bufa.

Las Catacumbas Infernales, pasillo bufo fantástico.

El Calvario, cuadro histórico dramático.

Revista de Madrid, con cuadros á la intemperie, al pastel, etc., etc...

